



TERTIUS ORDO REGULARIS SANCTI FRANCISCI
CONSILIUM GENERALE

Prot. 29/2010

*Carta del Ministro General
y del Consejo General
a todos los Hermanos y Hermanas
de la Tercera Orden Regular de San Francisco de Asís
por la Conclusión del “Año del Sacerdote”, 2010*

**Profundizar el Compromiso
de los Sacerdotes con la Renovación Interior**

Introducción

En la fiesta de la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, 19 de Junio, 2009, el Santo Padre, Papa Benedicto XVI, inauguró el “Año del sacerdote” que concluirá durante la celebración de la misma solemnidad el 11 de Junio de este año. El santo Padre también designó a San Juan María Vianney, que había sido nombrado Santo Patrón de los Párrocos por Pío XI en 1929, Patrón Universal de los Sacerdotes con ocasión del 150 aniversario de la muerte del Cura de Ars. En su carta que proclamaba este año especial, el Papa manifestaba que su intención era que dicha celebración fuera una ocasión “para profundizar el compromiso de los sacerdotes con la renovación interior con el fin de dar un testimonio más fuerte e incisivo del Evangelio en el mundo de hoy.”

Ahora, cuando cerramos este año dedicado a los sacerdotes, creemos oportuno animar a continuar este desafío de crecer en santidad con una breve reflexión sobre el lugar del sacerdote dentro de la Orden.

La Carta del Santo Padre

Os recomendamos que leáis atentamente y en espíritu de oración la carta del Papa Benedicto XVI con la que proclama “El año del Sacerdote”, aunque ya la hayáis leído. En la carta él nos presenta las enseñanzas y el ejemplo de San Juan María Vianney como punto de referencia significativo para todos los que tienen sagradas Órdenes. Según el santo Padre, lo primero que necesitamos aprender del Santo es:



“...la completa identificación del hombre con su ministerio. En Jesús, persona y misión tienden a coincidir: toda la acción salvífica de Cristo era, y es, una expresión de su “conciencia filial” con la que desde toda la eternidad se encuentra ante el Padre en una actitud de amorosa sumisión a su voluntad. De manera humilde pero genuina, cada sacerdote debe apuntar a una similar identificación. Ciertamente no debemos olvidar que la eficacia del ministerio es independiente de la santidad del ministro; pero tampoco podemos pasar por alto la extraordinaria fecundidad del encuentro entre la santidad objetiva del ministerio y la santidad subjetiva del ministro”.

Somos muy conscientes de que toda santidad viene de Dios Padre, a través de la gracia que Él concede a los fieles mediante la acción redentora de Jesús y de la santificación del Espíritu Santo. Así como con la vida misma, Dios es el autor principal en la santificación de cada uno. Pero, también entra una esencial dimensión humana en este proceso. Se nos desafía a hacer nuestra parte respondiendo a la gracia divina, que Dios desea compartir con nosotros, abriendo nuestros corazones, mentes y vidas al Señor, mediante un abrazo total de nuestra vocación Franciscana.

En otras palabras, tenemos que abrazar totalmente lo que prometimos al Señor en nuestra profesión – esto es: vivir nuestra vida en fraternidad de acuerdo a la *Regla, Constituciones y Estatutos Generales* de la Orden. Entre otras cosas, esto significa que estos documentos deben ser leídos por cada uno de nosotros – amorosamente, atentamente y frecuentemente. La santidad no es algo brota por sí misma. Requiere que nosotros hagamos nuestra parte, confiando en que Dios hará la suya

El Papa Benedicto continúa apuntando que San Juan María Vianney “enseñó a sus parroquianos principalmente con el testimonio de su vida. Fue por su ejemplo que ellos aprendieron a orar...” a través de su consistente y amante devoción ellos aprendieron a apreciar el profundo don del sacramento de la Reconciliación, aprendieron acerca del inmenso amor que Dios tiene para ellos y para todos los creyentes y también aprendieron cuan maravilloso es enamorarse de Dios. Él consiguió esto debido a su “decidido testimonio del Evangelio,” robustecido por la palabra de Dios y la oración. El Santo Padre después desafía a todos los que han recibido las Órdenes Sagradas:

“¿Estamos todos saturados de la Palabra de Dios? ¿Es verdaderamente esta palabra el alimento del cual vivimos, más aun que del pan y de las demás cosas mundanas? ¿Conocemos realmente esta palabra? ¿La amamos? ¿Estamos profundamente comprometidos con esta palabra hasta el punto de que realmente deja una marca en nuestras vidas y conforma nuestro modo de pensar?”

No dejemos que nuestro ministerio pase de largo sin reflexionar sobre estas preguntas. Reconozcamos y celebremos el gran don que se nos ha dado en el sacerdocio y miremos de vivir nuestras vidas y ejercer nuestro ministerio con su gracia.

Llamada a la Santidad

Las fuentes franciscanas son consistentes en declarar que San Francisco insistía en que todo el que deseara entrar en la Orden debía renunciar a todo y estar preparado a darse



por entero a Dios y a la fraternidad. Nunca debía guardar nada para sí y, al mismo tiempo, debía estar preparado a cambiar para hacerse pequeño y humilde ante el Señor. En otras palabras, la renuncia que Francisco vislumbraba iba más allá de renunciar al dinero y posesiones; Incluía la renuncia de actitudes, hábitos y sentimientos de auto importancia – de todo lo que fuera un impedimento para abrazar y vivir *totalmente* la voluntad de Dios. Esto está maravillosamente reflejado en el pasaje escrito en *Recuerdo del Deseo de un Alma* de Tomás de Celano. Reflexionando sobre la observación del Santo acerca de un eminente y muy ilustrado clérigo que deseaba entrar en la fraternidad, Celano escribe lo siguiente:

“La ciencia, observaba, hace indóciles a muchos, no permitiéndoles doblegar algo rígido, existente en ellos, hacia enseñanzas humildes. Por esto – continuó – quisiera que el hombre de letras me hiciese esta petición de admisión: “Mira hermano; yo he vivido largo tiempo en el siglo y no he conocido realmente a mi Dios. Te pido que me señales un lugar separado del estrépito del mundo donde pueda pensar con dolor en mis años pasados y recogíendome de las disipaciones del corazón enderece mi espíritu hacia cosas mejores.”

¡Enseñanza verdaderamente llena de piedad! ¿Qué otra cosa hay, en efecto de más urgente necesidad – para el que viene de un mundo tan distinto – que eliminar y limpiar con prácticas de humildad los afectos mundanos fomentados y arraigados por mucho tiempo? Estos que así entran, llegarán pronto a la meta de la perfección en esta escuela de perfección. (2C 194)

La oración que Francisco pide al clérigo es profunda y muestra un elemento de la verdad de nuestra propia vocación. Ojalá hiciéramos nuestra esta oración:

Concédeme, Señor, te lo suplico, un lugar separado del estrépito del mundo donde pueda pensar con dolor en mis años pasados y recogíendome de las disipaciones del corazón enderece mi espíritu hacia cosas mejores, donde abraze Tu Voluntad y la haga mía. Amén.

Igualdad en la Fraternidad Franciscana

Una de las razones por las que Francisco pedía esta renuncia radical de posesiones y de actitudes era porque él se daba cuenta de que era absolutamente necesaria para la vida de fraternidad. Como muy acertadamente lo muestra Celano:

“El Santo tuvo siempre constante deseo y solicitud atenta de asegurar entre sus hijos el vínculo de la unidad, para que los que habían sido atraídos por un mismo espíritu y engendrados por un mismo Padre, se estrechasen en paz en el regazo de una misma madre. Quería unir a grandes y pequeños, atar con afecto de hermanos a sabios y a simples, conglutinar con la ligadura del amor a los que estaban distanciados entre sí.” (2C 191)

Lo que Francisco contemplaba era una especie de total y absoluta igualdad en la fraternidad. Esta visión puede verse en el breve texto de su Regla para los Eremitorios. A través del prisma de la interdependencia fraterna y de la oración, los frailes son desafiados a



abrazar la vida común, basada en una búsqueda apasionada del Reino de Dios. Establecía un modo de vida que acentuaba la mutualidad, la minoridad, la atención rigurosa a la oración y la seriedad en buscar y seguir la Voluntad divina. Esencialmente contiene cada uno de los elementos que Francisco consideraba integral para la vida religiosa. Es obvio que este era el modo de vida que más atraía al Santo.

Teniendo esto presente, podemos decir que el concepto de total igualdad constituye uno de los valores fundamentales sobre el que se basa la Fraternidad Franciscana. Uno de los desafíos que se nos presenta consiste en la necesidad de establecer un ambiente y realidad de total igualdad en nuestras fraternidades. Para conseguirlo es necesario que renunciemos a toda actitud de privilegio o superioridad. Esto es, debemos trabajar para superar cualquier actitud que implique la idea de que la Orden o la Provincia me “debe” algo – porque, después de todo “yo” he dado tanto a la Orden y merezco un cierto reconocimiento o pago. Tendríamos que dejar atrás toda tendencia, tanto en nuestra vida como en nuestra actividad, que nos haga sentir, en cierto modo, mejores y con más derechos que los demás. Si mantenemos estas actitudes quizás no hayamos nunca dejado atrás nuestras “posesiones” para seguir al Señor con la totalidad de los que somos y tenemos.

Un Desafío para los Frailes Sacerdotes

Otro valor fundamental de la Fraternidad Franciscana es el desafío de crecer en santidad. Este es un reto para todos los miembros de la Orden, como leemos en nuestras Constituciones:

“Los miembros de esta Orden se comprometen a realizar más plenamente su vocación a la santidad, que nace del bautismo y es común a todos los cristianos. Su modelo es Francisco de Asís, que siguió al Señor Jesucristo viviendo la vida evangélica en conversión continua”. (Art. 2)

Todos los miembros de la Orden están llamados a crecer en santidad pero, para la finalidad de esta carta, nos gustaría enfatizar específicamente la importancia de este desafío en la vida de los sacerdotes.

En la Carta a toda la Orden, una obra que probablemente fue escrita como respuesta al permiso de la Iglesia de que los frailes pudieran celebrar la Eucaristía en sus propias iglesias y oratorios, Francisco desafía a sus frailes sacerdotes a reconocer el magnífico don que han recibido del Señor. Como hace en muchos otros de sus escritos, Francisco exhorta a sus compañeros a que sean puros y santos. Por esta razón recomienda a los sacerdotes: “que siempre que quieran celebrar la misa, ofrezcan purificados, con pureza y reverencia, el verdadero sacrificio del santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, con intención santa y limpia...” (CtaO 14).

Francisco, reflexionando sobre el magnífico don de la Eucaristía y la necesidad de celebrarla con pureza y devoción, hace algunos comentarios muy apropiados a los sacerdotes y abiertamente les reta a estar totalmente concentrados y en actitud orante cuando celebran la Misa:



“Así, pues, besándoos los pies y con la caridad que puedo, os suplico a todos vosotros, hermanos, que tributéis toda reverencia y todo honor, en fin cuanto sea posible, al santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, en quien todas las cosas que hay en los cielos y la tierra han sido pacificadas y reconciliadas con el Dios omnipotente”. (CtaO 12-13).

“Escuchad, hermanos míos, si la bienaventurada Virgen es tan honrada, como es justo, porque lo llevó en su santísimo seno; si el Bautista se estremece dichoso y no se atreve a palpar la cabeza santa de Dios; si el sepulcro en que yació por algún tiempo es venerado, cuán santo, justo y digno debe ser quien toca con las manos, toma con la boca y el corazón y da a otros, no a quien ha de morir, sino al que ha de vivir eternamente y está glorificado y en quien los ángeles desean sumirse en contemplación. Considerad vuestra dignidad, hermanos sacerdotes, y sed santos, porque Él es santo. Y así como os ha honrado el Señor Dios, por razón de este ministerio, por encima de todos, así también vosotros, por encima de todos, amadle, reverenciadle y honradle. Miseria grande y miserable flaqueza es que, teniéndolo así presente, os podáis preocupar de cosa alguna de este mundo.” (CtaO 21-23,25).

Es posible que el extraordinario amor y devoción de Francisco por la Sagrada Eucaristía crecieran y fueran alimentados por las enseñanzas del Concilio Lateranense IV, abierto en 1215. En la primera “Constitución” del Concilio, los padre conciliares presentaron lo que algunos historiadores consideran una nueva profesión de fe. Empieza con la profesión de un Dios Trino:

“Creemos firmemente y confesamos simplemente que existe un solo y verdadero Dios, eterno e inmensurable, todopoderoso, inmutable, incomprensible e inefable. Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas pero una absolutamente simple esencia, substancia o naturaleza”. (Constitución 1).

La Constitución acaba con una reflexión sobre la Iglesia, la Eucaristía, el Bautismo, la Penitencia y una llamada universal a la santidad. En su declaración sobre la Eucaristía, la doctrina de la transustanciación, según la cual el pan y el vino son cambiados substancialmente en el cuerpo y sangre de Cristo, es expresada por primera vez en un Concilio de la Iglesia.

“Existe ciertamente una iglesia universal de los fieles, fuera de la cual nadie puede salvarse, en la que Jesucristo es, a la vez, sacerdote y sacrificio. Su cuerpo y su sangre están presentes en el sacramento del altar bajo las formas de pan y vino, el pan y el vino habiendo sido cambiados substancialmente, por el poder de Dios, en su cuerpo y sangre, de manera que para conseguir este misterio de unidad recibimos de Dios lo que Él ha recibido de nosotros.” (Constitución 1).

Reflexionando sobre esta gran doctrina de fe, Francisco entendió que la Encarnación – este maravilloso misterio del Hijo de Dios que asume la humanidad para nuestra salvación – se realiza cada vez que la Eucaristía es celebrada. Esto le llenaba totalmente de admiración y de gozo.



“¡Tiemble el hombre todo entero, estremézcase el mundo todo y exulte el cielo cuando Cristo, el Hijo de Dios vivo, se encuentra sobre el altar en manos del sacerdote! ¡Oh celsitud admirable y condescendencia asombrosa! ¡Oh sublime humildad! ¡Oh humilde sublimidad, que el Señor del mundo universo, Dios e Hijo de Dios, se humilla hasta el punto de esconderse, para nuestra salvación, bajo una pequeña forma de pan!”. (CtaO 26-27).

Es interesante notar que, después del Laterano IV, San Francisco fue uno de los primeros en escribir y predicar acerca de la doctrina conciliar sobre la Eucaristía y sus implicaciones para la práctica de la fe y la devoción personal.

Porque Francisco creía tan firmemente en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, él recibía la comunión con la mayor frecuencia posible y recomendaba a sus seguidores a hacer lo mismo.

“El Padre habita en una luz inaccesible y Dios es espíritu, y a Dios nadie lo ha visto jamás. Y no puede ser visto sino en el espíritu, porque el espíritu es el que vivifica; la carne no es de provecho en absoluto. Ni siquiera el Hijo es visto por nadie en lo que es igual al Padre, de forma distinta que el Espíritu Santo.

Por eso, todos los que vieron según la humanidad al Señor Jesús y no le vieron y creyeron, según el espíritu y la divinidad, que Él era el verdadero Hijo de Dios, quedaron condenados; del mismo modo ahora, todos los que ven el sacramento, que se consagra por las palabras del Señor sobre el altar por manos del sacerdote en forma de pan y vino, y no ven ni creen, según el espíritu y la divinidad, que es verdaderamente el santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, están condenados...

Por eso, ¡oh hijos de los hombres!, ¿hasta cuándo seréis duros de corazón? ¿Porqué no reconocéis la verdad y creéis en el Hijo de Dios? Ved que diariamente se humilla, como cuando desde el trono real descendió al seno de la Virgen; diariamente viene a nosotros Él mismo en humilde apariencia; diariamente desciende del seno del Padre al altar en manos del sacerdote. Y como se mostró a los santos apóstoles en carne verdadera, así también ahora se nos muestra a nosotros en el pan consagrado. Y lo mismo que ellos con la vista corporal veían solamente su carne, pero con los ojos que contemplan espiritualmente creían que él era Dios, así también nosotros, al ver con los ojos corporales el pan y el vino, veamos y creamos firmemente que es su santísimo cuerpo y sangre vivo y verdadero. Y de esta manera está siempre el Señor con sus fieles...”(Adm. I: 5 – 9; 14 – 22).

Francisco, junto con el ejemplo de su intensa devoción a la Eucaristía, nos enseña también a venerar a los sacerdotes, a tener especial cuidado de las iglesias y de todo lo relacionado con la celebración Eucarística – incluyendo el cuidado de los altares, de los manteles del altar, de los cálices, y hasta de las velas, y de promover el amor hacia la devoción Eucarística. El ejemplo de su devoción y del cuidado solícito hacia todo lo que se refiere a la Eucaristía es algo que debería tocar el corazón y el espíritu de todo franciscano y, cómo no, de todo cristiano. De todas maneras, todo esto proporciona un profundo desafío a los frailes sacerdotes de la Orden.



La Obligación Fundamental de Proclamar el Evangelio

Cuando se le unieron sus primeros seguidores, Francisco deliberadamente decidió establecer una forma de vida que estuviera vivificada y guiada por el Evangelio del Señor. Cuando el movimiento franciscano continuó creciendo y desarrollándose, él continuó a enfatizar esto a través de su respuesta personal al Señor y en las vidas de sus frailes. Él lo afirma clara y llanamente en su *Testamento*:

“Y después que el Señor me dio hermanos, nadie me mostraba qué debía hacer, sino que el Altísimo mismo me reveló que debía vivir según la forma del Santo Evangelio.” (Test 14).

Por tanto, el estilo de vida que Francisco tenía en mente puede en verdad llamarse evangélico. Además del lugar central de la vida en fraternidad, realza tres aspectos de una vida basada en la “forma del Santo Evangelio”: gran énfasis en la oración, predicación incansable y un celo total en dar un buen ejemplo como camino de santidad personal y ministerio apostólico. Celano nos dice que Francisco,

“...Solía decir al efecto que nada hay más excelente que la salvación de las almas. Y lo razonaba muchas veces recurriendo al hecho de que el Unigénito de Dios se hubiese dignado morir colgado en la cruz por las almas. De aquí nacieron *su recurso a la oración, sus correrías de predicación, sus demandas de dar buen ejemplo.*” (2C 172).

En su propia vida y ministerio Francisco nos da un maravilloso ejemplo de cómo estos tres elementos de vida evangélica se vivifican y sostienen mutuamente. Esto es, él nos enseña como atraer la gente al Señor a través del ejemplo de nuestras vidas y a través de la predicación, alimentados y sostenidos por una sólida vida de oración.

Francisco deliberadamente enfatiza el gran valor evangélico del dar testimonio del Evangelio y de la predicación. El apostolado específico o el ministerio de la predicación no se otorga a todos en la Orden, pero nadie debe sentirse excusado de la obligación de dar buen ejemplo mediante una vida evangélica. Como afirma Francisco: “Que todos los hermanos prediquen con sus obras”. Nosotros también podríamos decir que esta manera de predicar no es sólo responsabilidad de cada fraile o monja – la Orden, como tal, tiene la obligación de vivir el Evangelio, de predicar con nuestro ejemplo y de dar testimonio de la realidad del Dios vivo. Pero la obligación específica o el reto de predicar el Evangelio reciben más énfasis en el ministerio de nuestros frailes sacerdotes.

La Iglesia nos dice que el ministerio fundamental al que los sacerdotes están llamados es el de predicar la Palabra de Dios. De hecho, de acuerdo con el *Decreto sobre el Ministerio y Vida de los Sacerdotes (Presbyterorum Ordinis)*, promulgado por el Papa Pablo VI, el 7 de Diciembre, 1965, proclamar el Evangelio es *la obligación primaria* del sacerdote. Este decreto nos recuerda la gran importancia de este ministerio para la Iglesia y el mundo:

“El Pueblo de Dios permanece unido primeramente por la palabra del Dios vivo. Y con toda razón espera esto de sus sacerdotes. Siendo que nadie puede salvarse si antes



no cree, los sacerdotes, como colaboradores de sus obispos, tienen la obligación primera de proclamar el Evangelio de Dios a todos. De esta manera ellos cumplen el mandamiento del Señor: “Id por todo el mundo a predicar el Evangelio a toda criatura” (Mc. 16:15), y establecen y edifican el Pueblo de Dios. (PO 4).

Siendo que la predicación es un ministerio tan fundamental, los sacerdotes deben estar bien preparados y deberían querer desempeñarlo con toda dignidad. Prepararse para la predicación es una gran responsabilidad que requiere la apertura al Espíritu de Dios y un estudio y reflexión asiduos sobre la palabra de vida. También requiere establecer una clara conexión con la vida de los fieles, que sirva para iluminar las realidades de la sociedad contemporánea. El *Decreto sobre el Ministerio y la Vida de los Sacerdotes* nos proporciona importantes criterios para este fin:

“Los sacerdotes, por tanto, son deudores de todos los hombres de que la verdad del Evangelio que poseen sea dada a los demás. Y así, ya sea cuando a través de un provechoso diálogo ellos atraen al pueblo a honrar a Dios, ya sea cuando a través de la predicación ellos proclaman el misterio de Cristo, ya sea cuando a la luz de Cristo ellos tratan los problemas contemporáneos, no se basen en su propia sabiduría, pues es la Palabra de Cristo la que enseñan y es a la conversión y a la santidad que ellos exhortan a todos los hombres. Pero la predicación sacerdotal es muchas veces muy difícil en las circunstancias del mundo moderno. Para que pueda mover más efectivamente las mentes de los hombres, la Palabra de Dios no debería ser explicada de manera general y abstracta, sino aplicando la duradera verdad del Evangelio a las circunstancias particulares de la vida. “(PO 4).

El desafío que San Francisco hizo a sus frailes hace casi 800 años es aún válido hoy – “la forma del Evangelio” es aún una referencia para nuestras vidas. Dedicuémonos, pues una vez más, a predicarlo bien con nuestras vidas, con nuestras obras y en nuestros ministerios.

Conclusión

Todos los que han recibido el don del sacerdocio son retados a profundizar su compromiso “a una renovación interior para conseguir dar un testimonio más fuerte e incisivo del Evangelio al mundo de hoy” como el Santo Padre apunta en su carta. Tomemos pues esta oportunidad para enamorarnos más profundamente de la Eucaristía y celebrarla siempre con la devoción y dignidad que merece. Esforcémonos en conseguir una sólida vida de oración y predicar el Evangelio con el ejemplo de nuestra vida y de nuestras acciones.

Acabamos con la sentida oración con la que el Santo Padre acaba su carta:

A la más Santa Virgen yo encomiendo este Año del Sacerdocio. Le pido que despierte en el corazón de cada sacerdote la entrega generosa y renovada al ideal de la completa auto-oblación a Cristo y a la Iglesia que inspiró los pensamientos y las acciones del santo Cura de Ars. Fue su ferviente vida de oración y su apasionado amor a Cristo Crucificado que permitieron a Juan María Vianney crecer diariamente en su total oblación a Dios y a la Iglesia. Que su ejemplo guíe a los sacerdotes a ofrecer este testimonio de unidad con sus Obispos, entre ellos y con los fieles laicos, que hoy, más que nunca, es tan necesaria. A pesar del mal, presente en nuestro mundo, las palabras



que Cristo dijo a sus Apóstoles en la Habitación Superior continúan a inspirarnos: “En el mundo tendréis tribulación; pero tened ánimo, Yo he vencido al mundo” (Jn 16:33). Nuestra fe en el Divino Maestro nos da fuerzas para mirar al futuro con confianza. Queridos sacerdotes, Cristo cuenta con vosotros. Siguiendo las pisadas del Cura de Ars, dejaos dominar por Él. ¡De esta manera vosotros también seréis, para el mundo de nuestro tiempo, heraldos de esperanza, reconciliación y paz!

A nuestros frailes sacerdotes: Que vuestro sacerdocio sea fructífero. Que os guíe hacia la santidad – y mediante un reverente ejercicio de vuestro ministerio sacerdotal, podáis conducir a otros hacia Dios.

¡Que Dios os bendiga a todos!

Roma, 11 de junio 2010

p. Michael J. Higgins, TOR
Ministro General

p. John Kochuchira, TOR
Vicario General

p. Bernat Nebot Llinás, TOR
1º Definidor General

p. Amando Trujillo Cano, TOR
2º Definidor General

fr. Mark McBride, TOR
3º Definidor General

p. José Antonio Martorell Pou, TOR
4º Definidor General

p. Pierangelo D’ Aiuto TOR
Secretario General